

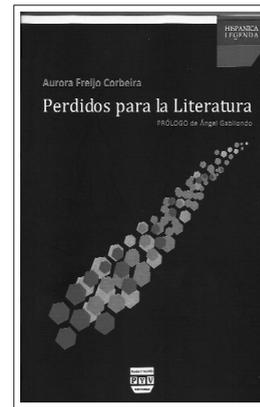
lo que llamamos intersticio”. A partir de este acuerdo el autor hace una reflexión sobre la relación que entre el erotismo, lo sagrado y el vacío establece Bataille, en cuya obra “el erotismo es capaz de romper las fronteras del ser”. Diferencia el autor tres tipos de relaciones entre palabra y cuerpo: el lenguaje como dador de sentido, el lenguaje como límite, y finalmente la palabra que “abre un vacío que puede ser ocupado por un cuerpo indecible”. Solo en este último espacio es posible la “escritura blanca” (*excritura* en Nancy), esto es, como la define Roland Barthes, “escritura sin poder sobre la que no se ha edificado una sociedad, unos prejuicios, una mitología”. Pero, ¿de qué escritura nos habla el autor? El lenguaje de la poesía que opone el lenguaje al lenguaje; la posibilidad de la poesía como lenguaje filosófico.

En las conclusiones, Jorge Fernández Gonzalo se aferra a provocarnos un cortocircuito, no se trata de saber, “sino de revelar, (re-velar)”, a partir de una conclusión aparentemente sencilla: “El

---

FREIJO CORBEIRA, A., *Perdidos para la Literatura*. Prólogo de Ángel Gabi-londo. Plaza y Valdés Editores, Madrid 2011, 163 páginas.

---



No es este un libro cómodo, ni una narración cerrada, ni un encuentro con un pensamiento elaborado y cerrado. Es, más bien, un libro de libros, un texto de una lectora-escritora sobre lo que ha leído, para leer y dejarse llevar porque

“hay libros que animan no sólo a leer”, como nos señala el prólogo. Este libro es una invitación a la inseguridad que supone asumir un riesgo, a perdersenos para poder así ser realmente. Si Borges se enorgullecía de los libros que había leído, la profesora Freijo nos anima, con ellos y a través de ellos, a ser testigos, a ser nómadas, a ser “narradores de nuestra propia vida, y con ello irremediabilmente de otras vidas” (p. 32), intentando mantener la distancia oportuna, trastornándonos con los textos, tratando de “hablar con los autores y los textos”.

Su autora, Máster en Estudios Avanzados de Filosofía, especialidad de Ontología y Mundo Contemporáneo, comenzó trabajando en documentación en la Residencia de Estudiantes de Madrid; ha sido profesora de Filosofía en Educación Secundaria y actualmente es asesora y coordinadora de publicaciones en el Centro Regional de Innovación y Formación del Profesorado “Las Acacias”, en Madrid. El profesor Ángel Gabilondo, maestro de nuestra perdida autora, prologa este libro advirtiéndole que “no estamos seguros” para pasar a admitir que “nos encontramos perdidos”, “decepcionados”, “perdidos por la lectura” y terminar reconociendo que “no nos tendremos nunca” porque esa pérdida “es un amor que es más la búsqueda que la posesión” (p. 17), como lo es la propia Filosofía.

El texto comienza con una consideración sobre lo contemporáneo y termina pidiéndonos dejar de ser modernos, arriesgarnos, ponernos en apuros, encontrarnos irremediabilmente no ya *en* el

mundo, sino *ante* el mundo. “Dejemos de ser modernos si moderno significa acomodarnos en la seguridad de lo cierto y evidente” (p. 153). Reflexionemos acerca de la identidad personal, busquemos al yo en términos narrativos, “una identidad narrada, tramada e intrigada” (p. 37). “El debate no puede ser en términos de problema y solución, sino que debe entenderse como una investigación ontológica inacabada con importantes derivaciones éticas” (p. 38). Ricoeur, Handke, Winkler, Bernhard, Jelinek, Kis, Sebald, Coetzee, Celan... nos han ido señalando otros modos de narrar distintos a los clásicos, a las tramas míticas, a las fábulas, a la argumentación lógico-racional. Ya cierta literatura del siglo XX cuestionó ese modelo (Joyce, Faulkner, Proust, Kafka, Musil o Flaubert). Todos ellos proponen, de alguna manera, otros modelos “de relatarnos no ya para darnos razón, sino para decir más verdaderamente lo que somos: ruido y furia” (p. 41); por eso la mayoría de ellos son textos decepcionantes, muy lejanos a la catarsis de la fabulación clásica. “Esta nueva novela no trama sino que ensambla” (p. 98), nos advierte la profesora Freijo, y propone entonces “renunciar a la narración trágica como modelo de identidad personal (e histórica y de ficción) en favor de narraciones desintrigadas. (...) De esta manera, inevitablemente, poesía y filosofía se encuentran” (p. 112), como nos hace encontrar la autora con Gadamer, con Goethe, con Valente, con Celan, con Zambrano. Escuchemos, miremos estupefactos. “Pero podemos también corresponder al estupor” (p. 153), en el te-

